

La escritura ensayística: entre la reflexión y la creación

con Victoriano
Santana Sanjurjo

17, 18 y 19 de junio
17:00h - 19:00h
Plataforma: Zoom

Plazas limitadas.
Inscripción en:
[icdcultural.org/unidad-del-libro](https://www.icdcultural.org/unidad-del-libro)



Laboratorio de Letras

Sesión 1. 17 de junio

- + [Aspectos teóricos del ensayo como género literario.](#)
- + [Características del ensayo.](#)
- + [Construcción del estilo.](#)

Sesión 2. 18 de junio

- + [Práctica 1. Composición voluntaria de varias propuestas de ensayo: idea y estructura.](#)
- + [Lectura 1. Ensayistas fundamentales:](#)
 - Michel de Montaigne
 - José Clavijo y Fajardo
 - Jorge Rodríguez Padrón

Sesión 3. 19 de junio

- + [Lectura 2. Ensayistas fundamentales II:](#)
 - Francis Bacon
 - José Viera y Clavijo
 - Luis Benítez Inglott.
- + Práctica 2. Exposición voluntaria de las propuestas de ensayo sugeridas.

Sinopsis del taller.

Un ensayo es un texto de *naturaleza mixta*, pues participan en él varios géneros:

está presente el texto académico, en buena medida como manifestación de la *voluntad comunicativa* del emisor ante el contenido que comparte y de la posición que mantiene con el asunto que aborda;

y, al mismo tiempo, se pueden constatar las formas propias de la narración, y no solo en el uso de la prosa, pues los elementos imaginativos tienen cabida en estas composiciones;

y se percibe, de un modo otro, cierto vínculo con el ámbito lírico gracias al enfoque tan personal, tan sujeto a la primera persona, con el que dota su escritura para convertirla en un diálogo divulgativo y, en consecuencia, deudor de toda clase de amenidades.

El taller de ensayo que proponemos aspira a ofrecer una visión más o menos precisa de las características de este singular género —analizando el alcance de conceptos como el de veracidad y verosimilitud, subjetividad y objetividad, ciencia y ficción, reflexión y creación— con el fin de aportar herramientas que favorezcan el interés de los asistentes por incursionar en *este tipo de expresión escrita tan libre en su aspecto y accesibilidad como exigente en la estructuración y eficacia del mensaje*.

ASPECTOS TEÓRICOS DEL ENSAYO COMO GÉNERO LITERARIO [2/7]

Sobre significados. Circundando la voz “ensayo”:

VERAZ. ‘Que dice, usa o profesa siempre la verdad’.

VEROSÍMIL. ‘Que tiene apariencia de verdadero’. ‘Creíble por no ofrecer carácter alguno de falsedad.’

REFLEXIONAR. ‘Pensar atenta y detenidamente sobre algo’.

CREAR. ‘Producir algo nuevo’. ‘Producir algo de la nada’.

CIENCIA. ‘Conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes generales con capacidad predictiva y comprobables experimentalmente’.

FICCIÓN. ‘Invención, cosa fingida’. “Fingir”: ‘Dar a entender algo que no es cierto’.

SUBJETIVO. ‘Perteneiente o relativo al modo de pensar o de sentir del sujeto, y no al objeto en sí mismo’.

OBJETIVO. ‘Perteneiente o relativo al objeto en sí mismo, con independencia de la propia manera de pensar o de sentir’. ‘Que existe realmente, fuera del sujeto que lo conoce’.

DIVULGAR. ‘Publicar, extender, poner al alcance del público algo’.

HÍBRIDO. ‘Dicho de una cosa: Que es producto de elementos de distinta naturaleza’. Sinónimo: “Mixto”.

PEDAGOGÍA. ‘Capacidad para enseñar o educar’.

DIDÁCTICA. ‘Que tiene como finalidad fundamental enseñar o instruir’.

Sobre el significado: “Ensayo”:

Palabra creada por Michel de Montaigne (1533-1592): Ensayos (libros I y II, 1580; libro III, 1588).

En uno de los preliminares, fechado el 12 de junio de 1580, se dirige a los lectores en estos términos:

«Este es un *libro de buena fe*, lector. Desde el comienzo te advertirá que con él no persigo ningún fin trascendental, sino solo privado y familiar; tampoco me propongo con mi obra prestarte ningún servicio, ni con ella trabajo para mi gloria, que mis fuerzas no alcanzan al logro de tal designio. Lo consagro a la comodidad particular de mis parientes y amigos para que, cuando yo muera (lo que acontecerá pronto), puedan encontrar en él algunos rasgos de mi condición y humor, y por este medio conserven más completo y más vivo el conocimiento que de mí tuvieron. Si mi objetivo hubiera sido buscar el favor del mundo, habría echado mano de adornos prestados; pero no, *quiero solo mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo a quien pinto*. Mis defectos se reflejarán a lo vivo: mis imperfecciones y mi manera de ser ingenua, en tanto que la reverencia pública lo consienta. Si hubiera yo pertenecido a esas naciones que se dice que viven todavía bajo la dulce libertad de las primitivas leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiese pintado bien de mi grado de cuerpo entero y completamente desnudo. Así, lector, sabe que *yo mismo soy el contenido de mi libro, lo cual no es razón para que emplees tu vagar en un asunto tan frívolo y tan baladí*. Adiós, pues».

Libro tercero, capítulo II: “Del arrepentimiento”.

«Los autores se comunican con el mundo merced a un distintivo especial y extraño; yo, principalmente, *merced a mi ser general, como Michel de Montaigne*, no como gramático, poeta o jurisconsulto. Si el mundo se queja porque yo hablé de mí demasiado, yo me quejo porque él ni siquiera piensa en sí mismo. Pero *¿es razonable que siendo yo un individuo tan particular, pretenda mostrarme al conocimiento público?* ¿Es razonable que se muestre en sociedad, donde las maneras y artificios gozan de tanto crédito, los efectos de la naturaleza, crudos y mondos, sobre un individuo que, además, es enteco? ¿No es constituir una muralla sin piedra, o cosa semejante, el fabricar libros sin ciencia ni arte? *Las fantasías de la música el arte las acomoda, las mías las acomoda la circunstancia*. Pero al menos me someto a una disciplina: jamás ningún hombre trató asunto que mejor conociera ni entendiera que yo entiendo y conozco el que he emprendido; en este aspecto soy el hombre más sabio que puede existir; en segundo lugar, ningún mortal penetró nunca en su tema más adentro, ni examinó los miembros y consecuencias con más detalle, ni llegó con más exactitud y plenitud al fin que se propuso para su tarea. *Expuse la verdad, no hasta el hartazgo, sino hasta el límite en que me atrevo a exteriorizarla*, y me atrevo algo más a medida que envejezco, pues parece que la costumbre concede a esta edad mayor libertad de charla, y mayor indiscreción en el hablar de sí mismo».



Significados denotativos:

RAE: 2ª ‘Escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado con carácter y estilo personales’.

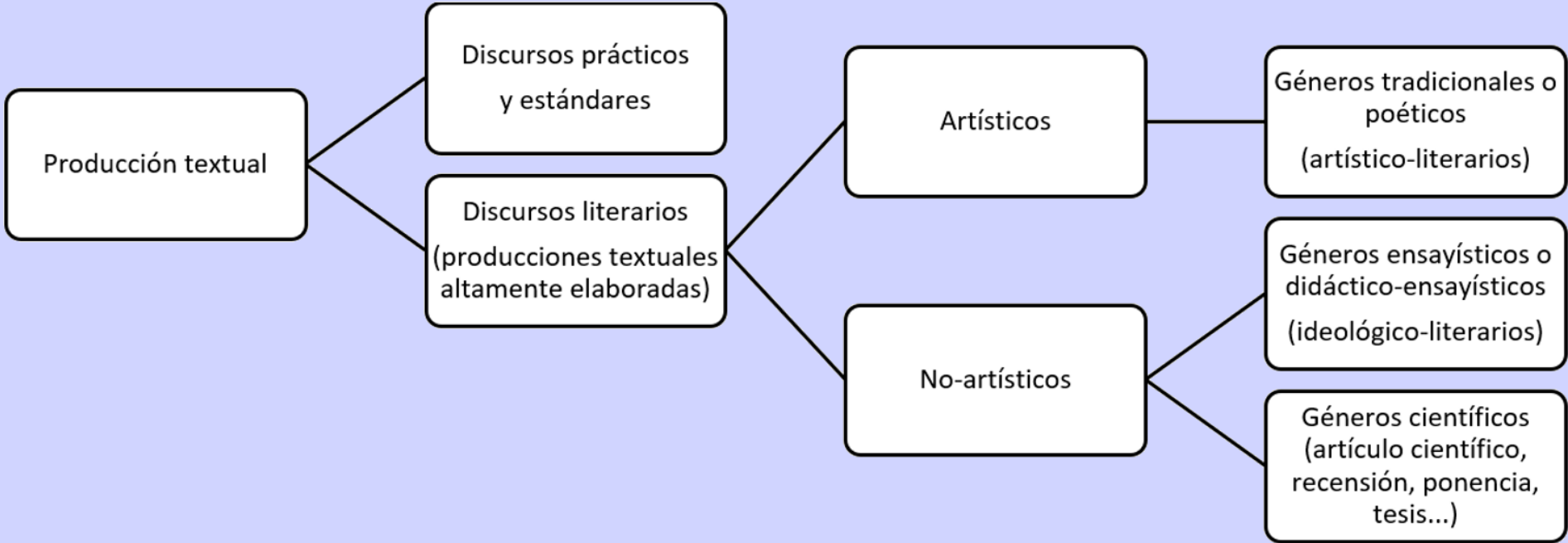
María Moliner: 2ª ‘Composición literaria constituida por meditaciones del autor sobre un tema más o menos profundo, pero sin sistematización filosófica’.

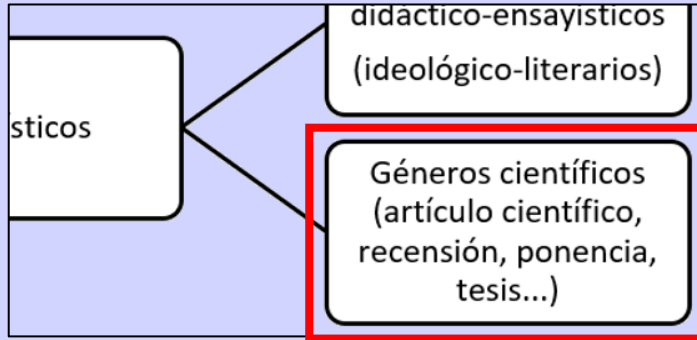
Sobre el concepto ensayo y su ubicación.

No posee inserción estable ni en la historiografía literaria ni, desde luego, en la antigua tríada de los géneros literarios (teatro, lírica y épica).

Es un escrito que no se deja definir, ligado a un saber accidental y provisional; de ahí que sea muy complicado situarlo dentro de un sistema global de géneros. Su definición es un acto desiderativo.

La dificultad para situar el ensayo debe resolverse de algún modo porque representa (como la lírica, la narración o el teatro) una necesidad expresiva y comunicativa de naturaleza antropológica: además del interés por los géneros tradicionales, ha existido siempre una voluntad por compartir reflexiones (género argumentativo).





El texto científico presenta, de manera ordenada y sistemática, el desarrollo de un trabajo investigador, sus datos, pruebas, resultados y conclusiones, a través de un lenguaje técnico especializado. Objetivo: transmitir conocimiento a la comunidad científica de forma rigurosa, o sea, por medio de argumentos y resultados verificables.

«El especialista lee y escribe en el interior de una región del conocimiento que en cierto principio de pertinencia viene a delimitar: “En este campo se opera de este modo, con estos objetos, y según este método”» (Giordano Alberto).

Características:

- Escritos de naturaleza expositiva;
- claridad y precisión;
- objetividad y justificación (las opiniones no cuentan);
- lenguaje técnico: su propósito es informar, no entretener;
- declaración de los métodos utilizados durante la investigación;
- ha de contar con el aval de un comité de expertos antes de su publicación.

«El discurso científico anheló, varias veces, desprenderse del ensayo. Hay textos científicos muy poco ensayísticos, pero hay ensayos muy científicos» (Fernando Alfón).



Género moderno, al igual que el poema en prosa.

- Modo de reflexión moderno: libre discurso en el que confluyen el saber y el idear.
- Comenzó con Montaigne, progresó con Bacon y se consolidó durante la Ilustración (XVIII).
 - *El Pensador*. Periódico madrileño publicado entre 1762 y 1767. Fundado y redactado por José Clavijo y Fajardo (Teguiuse, 19 de mayo de 1726 - Madrid, 3 de noviembre de 1806).
 - *El Censor*. Semanario, 1781-1787.
 - Mariano José de Larra y Sánchez de Castro (Madrid, 24 de marzo de 1809-Madrid, 13 de febrero de 1837). Consolidó dentro del género ensayístico el artículo. Le sirvió de inspiración publicaciones como *El Pensador* y *El Censor*, y autores como Benito Jerónimo Feijoo, José Cadalso y Gaspar Melchor de Jovellanos en el XVIII. Publica en *El Duende Satírico*, *El Pobrecito Hablador*, *La Revista Española*, *El Español*, etc. Agrupa una parte de su producción en *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres* (1835).

«Habla siempre de algo que tiene ya forma o, a lo sumo, de algo ya sido; le es, pues, esencial el no sa-car cosas nuevas de una nada vacía, sino solo ordenar de modo nuevo cosas que ya en algún momento han sido vivas» (Georg Luckács).

Para Max Bense, escribe ensayísticamente quien compone experimentando, quien de este modo da vueltas de aquí para allá, cuestiona, manosea, prueba, reflexiona; quien se desprende diferentes páginas y de un vistazo resume lo que ve, de tal modo que el objeto es visto bajo las condiciones creadas en la escritura.

Para Giordano Alberto: el ensayo es una interpelación en el interior del campo interpelado. Un diálogo interno.

«Mientras que el sabio, el erudito o el especialista constatan y prueban, el ensayista mira e interpreta, pues no trabaja desde necesidades matemáticas o axiomas que le exijan demostrar regularidades mediante pruebas con valor universal; en el ensayo raras veces hay una relación necesaria entre la hipótesis y la conclusión, sino más bien predomina una relación de probabilidad, de credibilidad» (Elena Arena Cruz).

ASPECTOS TEÓRICOS DEL ENSAYO COMO GÉNERO LITERARIO [7/7]

Según sus dimensiones:

- ensayo breve: forma de artículo o compilación de estos.
- ensayo extenso.

Según su tendencia:

- aproximación científica: discurso, artículo, panfleto, informe, manifiesto, estudio, tratado, etc.
- aproximación artística (predeterminación temática): autobiografía, biografía, diario, libros de viaje, crónicas, etc.

En tanto que *género argumentativo*, le son propias las herramientas de escritura de esta clase de textos:

- Uso de la contraargumentación para evaluar la firmeza de lo que se afirma.
- Desde el principio, ha de quedar claro de qué se va a hablar y qué ha generado esta necesidad.
- Conviene estar al tanto de lo que son las falacias: argumentos que parecen válidos, pero que no lo son.
 - Intencionadas: interés en manipular la verdad (sofisma: 'razón o argumento falso con apariencia de verdad').
 - No intencionadas se deben a descuidos o ignorancia.
 - Algunos tipos:
 - Ad hominem: atacar a la persona y no a lo que ha expuesto.
 - Ad ignorantiam: afirmar como verdadero aquello que no se ha demostrado que sea falso.
 - Pista falsa: desviar la atención con una cuestión irrelevante.
 - Supresión de pruebas (o prueba incompleta): ocultar aquello que contradice tu afirmación.
 - Non sequitur: la conclusión no se deduce de las premisas
 - Falacia del hombre de paja: refutar lo que otro no ha dicho.

CARACTERÍSTICAS DEL ENSAYO

- Propósito: reflexión de cualquier asunto y, en su afán didáctico, búsqueda de la controversia por medio de la argumentación.
- Variedad temática.
- Recurso a la primera persona del singular. Personalidad. «La presunción de la preeminencia del yo en el ensayo ha colaborado enormemente en la percepción de que se trata de un género subjetivo; de modo que, todo lo que no se considera ensayo, ¿es objetivo?» (Fernando Alfón).
- Tono conversacional. Amenidad, sencillez...
- Suele mantener un vínculo con la época de su creación.
- Lo condiciona la situación cultural de la comunidad a la que se dirige.
- Espontaneidad subjetiva: da pie a la divagación, la digresión, la redundancia... “Escribir a lo que salga” (como decía Unamuno), pero con control: *los textos no son caóticos ni arbitrarios; necesitan de la precisión formal y de un método de escritura*.
- Libertad expresiva. No obedece a cánones ni a normas. Autonomía formal. Heterogeneidad procedimental.
- Brevedad del discurso, lo que no implica brevedad del esfuerzo intelectual.
- Ciencia bordeada. Se aproxima a la argumentación científica sin entrar en ella. Displicencia teórica. Plantea sin demostrar y defiende sin utilizar últimas pruebas. No busca agotar todas las posibilidades de un asunto, sino ofrecer una idea más o menos completa de cuanto considera que se debe saber de un tema concreto. La falta de una conclusión taxativa es esencial. Las citas y la bibliografía poseen una importancia relativa.
- No niega el arte (sentimiento) ni la ciencia (razón). Son consustanciales a su espíritu textual: entre las singularidades del lenguaje artístico (poeticidad) y la univocidad denotativa del lenguaje científico (cientificidad).
- Importancia de la sensibilidad y la intuición a la hora de abordar un asunto.
- No se descarta el uso de la imaginación.
- Observación desde múltiples perspectivas de un fenómeno.
- Producto inacabado. Saber provisorio. No hay exhaustividad. Obra en continua progresión. Desde la perspectiva del que escribe: un ensayo acaba cuando se tiene la percepción de que ya no se tiene nada más que decir. No es un esbozo.
- Posee voluntad de estilo. Se persigue la belleza en la redacción. Importa la originalidad en el tratamiento del asunto.

CONSTRUCCIÓN DEL ESTILO

- Cita atribuida a Vladímir Nabokov en introducción a su *Curso de Literatura Europea* (1980): «El estilo y la estructura son la esencia de un libro; las grandes ideas son idioteces».
- Hay que pensar en el público porque estamos ante un proceso comunicativo. El estilo va aparejado con el deseo de que leerte sea una delicia, que merezca la pena invertir tiempo y energías en conocer lo que has escrito. Piensa en tu destinatario.
- En el estilo, el instinto es fundamental, pues va de conocerse uno a sí mismo y detectar cuál es la mejor manera de comunicarse con los demás de un modo natural, acorde a como uno es.
- El estilo marca la diferencia. La diferencia entre dos textos que hablan de lo mismo la marca el estilo con el que cada autor aborda el asunto. No importa tanto el qué, sino el cómo. Recuerda que los textos están hechos de palabras cotidianas. Tu mérito está en cómo las combinarás y utilizarás de manera creativa, singular...
- No escribas como nadie. Conoce a los mejores en el género que desees desarrollar, pero no te parezcas a ellos.
- No se trata de escribir, pues esa acción la puede hacer cualquier persona alfabetizada, sino de ser escritoras y escritores, o sea, de asumir la importancia que tiene el hecho mismo de escribir. En la actitud reside el fundamento del estilo.
- Para huir de toda artificialidad, parquedad, limitación... en la escritura, habla sobre aquello en lo que creas y/o tenga que ver contigo. Es fundamental la autenticidad. Así los texto tendrán la calidez necesaria.
- Escribir con estilo no es escribir sin faltas de ortografía y con corrección gramatical. El mundo académico (por representar el colectivo con un nivel educativo superior) está lleno de personas que escriben correctamente, pero que carecen de estilo, de marca propia. En los 90, en la Facultad de Filología de la UPGC que conocí y viví de lleno, tuve la oportunidad de conocer a docentes con un estilo propio y a otros que, aun cuando eran brillantes y poseedores de currículos espectaculares, carecían de estilo.
- El estilo solo se logra escribiendo mucho y corrigiendo los textos mucho más. Y solo se corrigen los textos cuando se es consciente de que lo hecho no nos representa, de que en esas palabras cualquiera no podría identificarnos. En realidad, como afirma Francisco Castro en *Cómo encontrar tu estilo literario*: «El verdadero acto de escribir consiste en corregir lo escrito».
- En lo simple se halla la virtud. Un estilo recargado, sintácticamente complejo, solo se justifica por la voluntad explícita del autor por que así se presente el escrito: bien porque se dirige a un público muy concreto, bien porque desea que la pieza que compone atesore cierto virtuosismo lingüístico, etc. Pero lo sencillo siempre es agradable y en el género ensayístico, por su naturaleza, más aún.
- Por encima de la verdad está la verosimilitud. Lo hecho ha de ser creíble, coherente, aunque no sea real. Lo que importa es lo que siente el lector.
- Mi estilo: no hacer afirmaciones taxativas. Ser prudente. Prefiero las preguntas a las respuestas porque deseo estimular el debate y dar UN PUNTO de vista.



PRÁCTICA 1. COMPOSICIÓN VOLUNTARIA DE VARIAS PROPUESTAS DE ENSAYO: IDEA Y ESTRUCTURA

La fase práctica del taller consistirá en la elaboración de tres planificaciones de textos ensayísticos pequeños. En este caso, se trata de tres artículos que vamos a elaborar siguiendo las pautas que a continuación se van a exponer:

Características comunes en los tres textos:

- Entre 600 y 800 palabras. Aunque en esta práctica lo que se te pedirá es un borrador; o sea, algunas ideas sueltas sobre el tema de cada texto y cómo se va a disponer la información.
- Tres párrafos.
- Título de menos de siete palabras. Debe ser ingenioso y atractivo. Ha de sintetizar una idea vinculada con tu posición sobre el asunto del texto.
- Estilo: uso de la primera persona del singular; tono desenfadado, cercano, coloquial.
- Debes tener presente el tipo de lector que esperas que lea la pieza. ¿Qué perfil tiene?
- Uso del corrector ortográfico (<https://quillbot.com/es/corrector-castellano>) y del analizador de palabras duplicadas (<https://duplicateword.com/>).

Características particulares de cada escrito:

- **TEXTO 1. RESEÑA DE UN LIBRO MUY ESPECIAL PARA TI QUE NO DUDARÍAS EN RECOMENDAR VIVAMENTE.** Preguntas inspiradoras: ¿Cuándo leíste ese libro y bajo qué circunstancias personales? ¿Por qué es tan especial ese libro? ¿Cómo se debería acceder a ese libro? ¿Quiénes no deberían leerlo? Etcétera.
- **TEXTO 2. ARTÍCULO DE OPINIÓN DONDE EXPONES TU MALESTAR (QUEJA, DISGUSTO...) POR ALGÚN HECHO DE ACTUALIDAD.** Preguntas inspiradoras: ¿Qué hecho de la actualidad motiva tu escrito (esta será la parte objetiva de la pieza)? ¿Qué posición tienes con respecto a ese hecho? ¿Tiene solución el problema? ¿Qué ocasiona que se dé el hecho molesto: la ignorancia, la maldad, la ambición? Etcétera.
- **TEXTO 3. UNA REFLEXIÓN SOBRE LA LECTURA EN NUESTRA SOCIEDAD.** Preguntas inspiradoras: ¿Se lee mucho o poco? ¿Se lee bien o mal? Si hubiera un problema con la lectura, ¿sería de calidad o de cantidad? ¿Se publica mucho o poco? ¿Se venden muchos libros o pocos? ¿Qué decir sobre jóvenes y lecturas? ¿Qué decir sobre adultos y/o ancianos y lecturas? Etcétera.

La realización de la fase práctica no es un requisito indispensable del taller, sino recomendable. El objetivo es ayudarles a planificar un escrito que luego, con suerte, podríamos ver publicado en prensa; si no en la de grandes tiradas, sí al menos en la prensa digital local, donde siempre puede haber un hueco.

En la tercera sesión, escucharemos y/o leeremos sus propuestas.

Texto 1. Michel de Montaigne (1533-1592): *Ensayos* (libros I y II, 1580; libro III, 1588).

DEL ARTE DE CONVERSAR

«Es una costumbre de nuestra justicia el condenar a los unos para advertencia de los otros. Condenarlos simplemente porque incurrieron en delito, sería una torpeza, como reconoce Platón, pues contra lo que ya está hecho no hay poder humano que lo deshaga. A fin de que no se incurra en falta análoga, o de que cunda el mal ejemplo, la justicia se ejerce: no se corrige al que se ahorca, sino a los demás por el ahorcado. Igual es el ejemplo que yo sigo: mis errores son naturales e incorregibles, y como los hombres de bien aleccionan al mundo propiciando su ejemplo, quizá pueda yo servir de provecho haciendo que mi conducta se evite: publicando y acusando mis imperfecciones alguien aprenderá a temerlas. Las prendas que más estimo en mí alcanzan mayor honor recriminándome que recomendándome; por eso recaigo en ellas y me detengo más frecuentemente. Y en conjunto nunca hablo de mí mismo sin recriminarme: las propias condenaciones son siempre acrecentadas, y las alabanzas descreídas. Puede haber algún hombre de mi complexión: mi naturaleza es tal que mejor me instruyo por oposición que por semejanza, y por huida que por continuación. A este género de disciplina se refería el viejo Catón cuando decía que «los cuerdos tienen más que aprender de los locos, que no los locos de los cuerdos»; y aquel antiguo tañedor de lira, que, según Pausanias, tenía por costumbre obligar a sus discípulos a oír a un mal tocador, que vivía frente a su casa, para que aprendieran a odiar sus desafinaciones y falsas medidas».

Texto 2. José Clavijo y Fajardo (1726-1806). *El pensador* (1763-1767).**SOBRE LA PEDANTERÍA**

«Un hombre, por ejemplo, cuyo oficio es instruir a la juventud y que, con un aire serio y respetable, la tiene siempre en sujeción y sabe inspirar amor a la virtud es un Maestro de Escuela, un sujeto necesario a la república y útil a la sociedad. Pero aquel que, con un genio tétrico y aire magistral, va cargado, para explicarme así, a todas partes con su palmeta; que cree hallar su escuela en todas las compañías en que entra; y que no sabe hablar si no acompaña las cosas más triviales con pasajes latinos y da a las frioleras más comunes un tono importante y decisivo, ese es un pedante.

Un hombre que, encerrado en su gabinete y rodeado de sus libros, tan pronto se sienta como se pasea; que unas veces camina precipitado y otras se detiene; que por un rato mira a todas partes y, por otro, fija la vista sobre un objeto sin verlo, este es un hombre que estudia; pero si saliendo de allí no se sacude el polvo de los libros y, con el cerebro cargado de su literatura, va a fatigar con su conversación a las mujeres y gentes de la Corte que encuentra, y a espantarlos con sus contorsiones y manoteos, es un pedante.

[...] Yo conozco alguno que cuando ha pronunciado el nombre de “at-mós-fe-ra” le falta poco para reventar de vanidad, según lo hinchado y hueco que queda, tan contento de sí mismo como si su conocimiento le avisara de que venía de dar mucha luz a una materia importante para el género humano. Este mismo pasa por un oráculo entre las gentes de su especie; y es muy natural que sea así porque él dice que lee mucho y, en efecto, pasa mucho tiempo leyendo: tiene una buena biblioteca, pero no estudia; solo va a pillar las palabras retumbantes que encuentra y que no entiende.

[...] A pesar de todo esto, se cree tan erudito como el que más: desprecia a sus compatriotas, todos le parecen ignorantes; y algunas veces, con sus más íntimos, se queja del capricho de la fortuna, que no lo pone en empleos en que pueda ejercitar sus talentos en beneficio de la humanidad».

[...] Cada hombre es dueño de escoger por preferencia una profesión o un género de estudio y darle a este la flor de su espíritu y de su aplicación; cualquiera puede ser en su casa matemático, físico, jurisconsulto o poeta, pero si quiere serlo siempre y en todas las ocasiones, será pedante. En el comercio de la vida civil no se vive ni como poeta ni como orador, ni como filósofo ni como oficial: se vive como hombre y se debe tener juicio y discernimiento. Si se añade viveza, espíritu y fuego, tanto mejor; pero es menester saber moderar estas calidades y ponerlas al nivel de las gentes, con quien se trata. Sobre todo, es preciso tener complacencia y dulzura, y huir de la necia vanidad de querer brillar solo y oscurecer el mérito de los demás».

Texto 3. Jorge Rodríguez Padrón (1943). *Variaciones sobre el asunto. Ensayos de literatura insular* (2015).**LA CRÍTICA LITERARIA EN CANARIAS (1/2)**

«Todo dependerá, claro, de lo que se entienda por crítica literaria. Quienes hayan tenido la paciencia, y la generosidad, de seguir mi trabajo de tantos años saben que no considero el ejercicio de la crítica en tanto mera recopilación histórica; tampoco, como estudio de carácter académico que —al margen de su valor, en cada caso— solo pretende, por encima de toda otra cosa, establecer unas determinadas casillas (cronológicas o generacionales o estéticas) para situar en ellas autores y obras, de modo que se tenga siempre la certeza más absoluta de su pertenencia a una época, a un grupo, a un movimiento determinados. En una palabra, poner orden y perpetuarlo luego, con toda comodidad, en su uso sucesivo, para que no plantee problemas a la hora de su estudio. Una forma esta —como tantas veces he dicho— de secuestrar los significados de la literatura para evitar que se liberen sus múltiples sentidos. Para mí —sin ninguna duda— la crítica es, ante todo, lectura; pero lectura que debe cumplirse desde una perspectiva siempre diferente a la habitual, buscando las vueltas a cuanto se supone establecido, queriendo ver mojado aquello que tantas veces hemos visto seco.

Hubo un tiempo en que la crítica ejercida en revistas y suplementos literarios de prensa era de fiar; porque era una escritura viva en un activo espacio de debate (salvadas, por supuesto, las excepciones de rigor). Eso sucedía, aproximadamente, en los agitados años que median entre 1960 y 1980. Todo fue que la sociedad de la comunicación de masas se enseñoreara de los medios, para que también la crítica —los críticos— cayeran en las redes de esa mentira que promete al escritor, y a la literatura, el ciclo de un triunfo solo computable en número de ejemplares vendidos; amparado todo ello, desde luego, por un filisteísmo cultural que se encubre tras la aplicación de los valores democráticos a la materia literaria, como una conquista más de la sociedad de masas. Cayeron los críticos —han caído— en ese juego de mercaderes, al que sirven muchas veces de modo inconsciente; pero los hay también que se aprovechan de la situación para medrar en ella, aunque hacerlo suponga dimitir de su independencia, virtud central de la crítica, por encima incluso de esa consabida objetividad a la que tantos apelan, y solo es una coartada para los más tibios. O la crítica apuesta por una lectura como la que propongo, libre y desprejuiciada, o —como a la vista está— languidece en la nadería más insustancial o queda sepultada bajo el peso muerto de una presunta —por dudosa— autoridad académica. [...]

Texto 3. Jorge Rodríguez Padrón (1943). *Variaciones sobre el asunto. Ensayos de literatura insular* (2015).**LA CRÍTICA LITERARIA EN CANARIAS (2/2)**

[...] Digo todo esto porque voy a entrar —lo sé— en terreno pantanoso. Y no quiero que nadie se llame a engaño. Que si escribir sobre literatura canaria en Canarias es ya, de suyo, tarea complicada (y no lo digo “a humo de pajas”), intentar un debate sobre la crítica literaria que en las Islas se ha venido haciendo —y máxime por parte de alguien que a ella se ha dedicado, casi en exclusiva, durante los últimos cuarenta años— es doblemente difícil, y muchísimo más expuesto. Sobre todo si, como pretendo, voy a eludir el mero resumen o recuento histórico en el cual se enumere, y se juzgue levemente, a quienes a lo largo del tiempo han abrazado el ejercicio de la crítica y han establecido unas coordenadas básicas para la literatura escrita en el Archipiélago. Algo de esto he hecho ya en otras ocasiones, y sería redundante, además de muy poco consecuente, volver sobre ello hoy, aquí. Abordo, pues, ese territorio con la intención de establecer un diálogo y debate con la crítica literaria hecha en las Islas, para entender —hasta donde me sea posible— lo que en cada caso ha hecho y cómo, al hacerlo así, ha construido una tradición que hasta dónde habremos de aceptar como herencia de nuestra memoria y nuestra identidad históricas.

En este orden de cosas, lo primero que siempre he echado en falta (y he intentado reparar, con más bien escasa fortuna) es que si la crítica hecha en Canarias ha querido leer Canarias en sus escritores, no se ha mostrado muy proclive a leer a otros escritores —españoles o no— desde la ventajosa perspectiva crítica que le otorga la distancia y —diferencia— insular. Y me parece no solo un error, sino carencia fundamental, esta dirección única dominante. De un lado, porque desatendemos —vaya usted a saber si por un nocivo complejo de inferioridad— el verdadero valor de nuestros escritores, confinándolos a sus límites (y no sólo geográficos), para solaz de quienes ya estamos convencidos de su interesante aportación literaria. De otro, porque perdemos la oportunidad —con un narcisismo digno de mejor causa— de colocar nuestra diferencia en donde, además de ser vista y oída como debe, suponga un irrupción reveladora. Sin esta intención permeable, sin ese discurso de ida y vuelta, que además ha sido, desde el mismísimo principio de nuestra historia, su signo diferencial, considero que nuestra crítica se ha automutilado y ni siquiera ha logrado estar a la altura de las circunstancias, ni tampoco ha cumplido con su responsabilidad mayor dentro de la literatura escrita en el Archipiélago».

Texto 4. Francis Bacon (1561-1626). *Ensayos* (1625).**DE LA VENGANZA**

«La venganza es una especie de justicia salvaje que cuanto más crece en la naturaleza humana más debiera extirparla la ley; en cuanto al primer daño, no hace sino ofender a la ley, pero la venganza de ese daño coloca a la ley fuera de su función. En verdad que, al tomar venganza, un hombre se iguala con su enemigo, pero si la sobrepasa, es superior; pues es parte del príncipe perdonar; y estoy seguro que Salomón dice: Es glorioso para un hombre excusar una ofensa. Lo pasado se ha ido y es irrevocable; y los hombres prudentes tienen demasiado que hacer con las cosas presentes y venideras; por tanto no harían más que burlarse de sí mismos ocupándose de asuntos pasados. No hay hombre que cometa el mal a cuenta del mal mismo, sino para obtener provecho propio, o placer, u honor o algo semejante; por tanto, ¿por qué me voy a encolerizar con un hombre que se ama a sí más que a mí? Y si algún hombre cometiera el mal meramente por maldad natural, no sería más que como el espino o la zarza que pinchan y arañan porque no pueden hacer otra cosa. La clase de venganza más tolerable es la debida a los males que no hay ley que los remedie; pero entonces, dejar que un hombre se ocupe de la venganza es como si no hubiera ley para castigar; además el enemigo de un hombre siempre se anticipa y ya son dos por uno. Algunos, cuando toman venganza, están deseosos de que la parte contraria sepa de quién procede. Esta es la más generosa: pues el goce parece estar no tanto en cometer el daño como en hacer que la parte contraria se arrepienta; pero los cobardes bajos y taimados son como las flechas lanzadas en la oscuridad. Cosme, duque de Florencia, lanzó una desesperanzadora frase contra los amigos pérfidos y despreciables como si los males fuesen imperdonables: «Leeréis que se nos manda perdonar a nuestros enemigos; pero nunca leeréis que se nos mande perdonar a nuestros amigos». Sin embargo, el espíritu de Job era aún más adecuado: «También recibimos el bien de Dios ¿y el mal no recibiremos?», y en la misma proporción respecto a los amigos. Esto es cierto, que un hombre que proyecte vengarse, conserva abiertas sus propias heridas porque si no se cerrarían y curarían. Las venganzas públicas son afortunadas en su mayoría; como fue la muerte de César; la muerte de Pertinax; la muerte de Enrique III de Francia; y muchas otras. Pero no sucede así con las venganzas privadas; no, más bien las personas vengativas llevan la vida de las brujas, quienes, como son malignas, terminan desgraciadamente».

Texto 5. José de Viera y Clavijo (1731-1813). *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias* (1772).**LA FAMOSA CUESTIÓN DE SAN BORONDÓN**

«La existencia de la isla de San Borondón es un problema acerca del cual tenemos tres sistemas. El primero es el del vulgo supersticioso e ignorante, que atribuye su inaccesibilidad a una especial providencia divina o magia diabólica. El segundo es el de los que se obstinan en sostener su realidad con pruebas de hecho y buscan razones para que no se haya descubierto todavía y para que con dificultad se pueda descubrir. El tercero es el de los críticos y filósofos, que niegan absolutamente que exista tal isla fuera de nuestros ojos o de nuestra imaginación.

Los partidarios del encantamiento de San Borondón compensan la poca autoridad que tienen sus dictámenes en el mundo con los bellos ratos que su fantasía les ofrece. Esto de hablar de encantadores, hechizos, brujerías, nigromancias y otros prestigios mágicos, y hablarlo seriamente, es un placer que siempre embaucó a la mayor parte de los hombres; así entiendo que la isla de San Borondón encantada vale más para nuestro ínfimo vulgo que diez San Borondones descubiertas. ¡Qué maquinas, qué teatros, qué escenas, qué personajes no se representan en aquel monstruoso país! ¡Cuántos portugueses se han lisonjeado de tener allí a su suspirado rey don Sebastián! ¡Cuántos castellanos han creído que el infeliz rey don Rodrigo, huyendo de los moros, se acogió a esta isla del océano como a una barrera que no podía forzarse! En ella hay un arzobispo y seis obispos; hay siete ciudades opulentas, por lo que algunos la llaman «la isla de las siete ciudades»; tiene puertos y caudalosos ríos, y la habita un pueblo cristiano, rico y colmado de todos los bienes de fortuna.

[...] Y si se ha de creer todavía existente el paraíso terrenal en un sitio inaccesible por voluntad divina, ¿qué otro mejor país para este efecto que la isla de San Borondón que, además de ser una de las Afortunadas o Beatas donde colocaban el paraíso los gentiles, tiene la propiedad de presentarse a los ojos y de huirse de entre las manos? ¿Acaso será porque el querubín defiende la entrada con espada de fuego? ¿Habitáranla Enoch y Elías? ¿Será preciso que se hunda una de las siete Canarias para que esta se descubra a fin de que nunca dejen de ser “símbolo de los siete sacramentos”?».



Texto 6. Luis Benítez Inglott (1896-1966).

ALONSO QUESADA, HOMBRE (1/2)

(*Diario de Las Palmas*, 24 de marzo de 1962).

«Alonso Quesada era, como el personaje de Unamuno, “nada menos que todo un hombre”; un cuerpo y un alma, si débil el uno, fuerte y sensible la otra. Ensayaré, pues, describiros al hombre que era Alonso con el retrato del cuerpo, primero, y el retrato del alma, después.

Como hombre, Alonso Quesada, era Rafael Romero, delgado, cetrino, enjuto y no muy garboso. Recordando el tipo que creara Valle-Inclán, diré que, como él, era “feo, católico y sentimental”. El pelo ensortijado y negro re mataba una frente ancha, indicadora del talento que dentro se escondía; y, bajo ella, los ojos brillantes despedían una penetrante luz. Usaba amplio sombrero, como un chambergo clásico y su persona se envolvía en atuendos impersonales para presentarle como un burgués más, perdido en la multitud. Era cordial, comunicativo y alegre. Tenía una sonrisa especial en aquella cara cuadrada y augurosa.

Este era, sencillamente, el cuerpo. El alma era otra cosa. No era un alma complicada en la que se mezclaran con las virtudes humanas las pasiones torcidas. Era un alma aristocrática, refinada, superior, vibrando con todo lo grande y lo bello. Un alma expresamente hecha para el sentimiento y la emoción. La pobreza, una digna pobreza, le sometió al trabajo de un oficinista vulgar. Inclinado sobre el pupitre, haciendo números, entregado a la labor del Mayor y el Diario. Alonso sentía florecer dentro de él esa maravillosa planta de la inspiración poética. Bajo los números y las partidas, se estremecía una vida en la cual la delicadeza imperaba como dueña y señora.

Alonso Quesada se ajustó a la vida modesta sin sacrificar ninguno de sus sueños; la oficina inglesa no fue para él una cárcel estrecha, pues conservaba toda la libertad de su fantasía. Ello le permitió trazar esos coloreados cuadros que en El lino de los sueños están bajo el título de “Los ingleses de la colonia”. No creáis, sin embargo, que Alonso hizo desde luego sus armas en el tono y con el fondo que contemplamos en el Lino y en Los caminos dispersos. Tuvo una mocedad alejada de ello. Comenzó a manifestarse con un librito donde su vena satírica vapuleaba a los poetas modernistas, allá, por la primera década del siglo. Y también, en las columnas de un diario que se llamaba La Ciudad llevaba bajo el pseudónimo de Gil Arribato una sección o noticiario humorístico, con ácido humor y aguda intención. Sus bromas levantaban roncha. En este género era un maestro y lo fue siempre. [...]

Texto 6. Luis Benítez Inglott (1896-1966).

ALONSO QUESADA, HOMBRE (2/2)

(*Diario de Las Palmas*, 24 de marzo de 1962).

[...] Alonso fue, pues, primeramente un periodista de los buenos. Al lado del periodista creció paralelamente el poeta. Pero este poeta ya no era el bienhumorado de los primeros años, sino el poeta profundo con ideas amplias y luminosas. Lo uno, sin embargo, no estorbaba a lo otro; pero esos versos, forjados en silencio, entre los libros de la oficina, no le ayudaban, bien podréis comprenderlo, a ganar el pan. Por eso se adscribió al periodismo y, naturalmente, al periodismo político, que era entonces el que daba para comer. Lo prodigioso era que Alonso, entonces solamente Rafael Romero Quesada, se revelaba como polemista. Hacía artículos serios, aunque la verdad es que siempre miró con escepticismo los credos de partido, y la etiqueta política de los periódicos que dirigió le merecía, invariablemente poca confianza; pero los artículos de circunstancias los redactaba tan exactamente como las líneas de humor de sus comentarios locales, que sabían poner en la picota a cuantos daban pie a la crítica.

[...] Tres cosas destacan en Alonso, que hoy se ven claramente al repasar su obra poética y su obra periodística: la finura espiritual, el sentido humorístico y el sentido crítico. En cuanto a la finura espiritual, molestábale todo lo vulgar, ramplón y chabacano; tenía una gran tolerancia para el pensamiento ajeno, una inmensa bondad para todo y para todos: lo que no toleraba era la mediocridad y la petulancia. Exhibía un majestuoso desdén por lo pequeño y una ardiente devoción por lo grande. Del mismo modo que cuando despreciaba lo hacía olímpicamente, sus admiraciones eran arrebatadas.

[...] Alonso Quesada se conformó con su destino. No pretendió nunca escapar de él, pues al contrario, se ató de por vida a sus obligaciones de hijo y de hermano, a pesar de la conciencia que tenía de su alta valía intelectual. Sujeto al yugo de la oficina británica, la gloria, el triunfo, en los centros donde bullía la intelectualidad española no era sino un sueño hermoso, que no le llevó, como a tantos otros ilusionados, a la aventura de abrirse paso dejando aquí atrás sus deberes.

[...] ¿Y qué más podría yo decir en un acto como este, que no es un homenaje sino un recuerdo del amigo a quien tanto admiré y tanto quise?

[...] Alonso Quesada aceptó su destino y siguió, sin desesperación, pero con amargura, su ruta. Yo podría sobre su sepulcro una lápida con los primeros compases de la Quinta Sinfonía y, debajo, las palabras de Beethoven: “Así llama el destino a las puertas del hombre...”».